

Prólogo: “Cómo amar este mundo”

Escribo estas líneas unos días después de que una expedición localizara en el volcán Wolf de la isla Isabela –la más grande de las islas Galápagos– treinta tortugas gigantes de dos especies que se creían extintas, Floreana y Pinta. Entre ellas hay un pariente lejano de Solitario George, que murió en 2012 sin dejar descendencia y cuyo cadáver embalsamado vi un par de años después en el Museo Americano de Historia Natural de Nueva York.

Este planeta bellissimo, atroz, inabarcable, funciona más o menos así: especies aparecen y desaparecen todos los días en un baile que los seres humanos –con todos los avances científicos y las herramientas que tenemos a la mano– somos incapaces de comprender. Sorprende que, a pesar de esta titánica ignorancia, habitemos el mundo como si estuviera hecho para nosotros, herederos de una visión antropocéntrica que Aristóteles estableció al colocarnos en la cumbre de la *scala naturae* de las criaturas. Actuamos como si los animales nos pertenecieran para usarlos a nuestra conveniencia: los capturamos para que nos entretengan en zoológicos, los torturamos hasta



que aprenden a saltar a través de aros encendidos en circos, construimos mataderos industriales para asesinarlos de la manera más eficiente y vender su carne empaquetada.

Montaigne basó su elogio a los animales, que desarrolla en su “Apología de Raimundo Sabunde”, en un escepticismo radical hacia la superioridad del ser humano: “¿Se puede concebir algo más ridículo que el hecho de que esta criatura fracasada y miserable, que ni siquiera puede mandar sobre sí misma, se diga dueña y señora del universo?”. Considerar a los animales como seres inferiores a nosotros, dice Montaigne y yo suscribo, no solo es cruel. Es ridículo.



Con estas ideas en mente escribí *Una ballena es un país*, en un intento por decir aquello que el lenguaje de la academia o del activismo no me había alcanzado para decir. Me interesaba sobre todo cuestionar nuestros vínculos con los animales y las creencias en las que descansan, con la intención de tender puentes de empatía que solo la literatura es capaz de provocar.

A ti, lectora o lector que tiene este libro en sus manos, te pido que te adentres en él sin expectativas, libre de ideas sobre lo que son los animales y sobre cómo debe verse un poema dispuesto en la página. Imagina cada texto como un espacio de reconocimiento,





cargado de referencias y pistas que nos permitan continuar con el debate –urgente en estos días– por otros medios. A partir de la apropiación de materiales y del libre uso de dispositivos literarios que en principio podrían parecer incompatibles, concebí *Una ballena es un país* como una invitación a desafiar los límites entre ficción y realidad, entre poesía y ensayo y narrativa, entre el papel que creíamos tener en el planeta y el que la crisis climática y la sexta extinción masiva nos exigen adoptar.

Para entender que todos los seres vivos somos semejantes, aunque no nos parezcamos, es necesario transformar nuestra relación con la naturaleza y cambiar de posición; colocarnos ni por encima ni por debajo del resto de las criaturas del planeta, sino a su lado. A veces, cuando necesito tregua de las noticias desgarradoras y del pesimismo generalizado, pienso que todavía hay leones que atraviesan la sabana africana, tardígrados dormitando tranquilos en el musgo que cubre al mundo entero y ballenas inventando cantos que no llegarán jamás a nuestros oídos. Para cuando termine de escribir este párrafo, en las profundidades de la bahía de Jervis una sepia habrá cambiado de forma, de textura, de color; las alcantarillas de la Ciudad de México, de Nueva York y de París seguirán rebosando de ratas aficionadas a la





pizza y capaces de recordar actos de bondad; miles de estorninos habrán recorrido los cielos en murmullos que los harán parecer un solo organismo coordinado. Qué tranquilidad pensar en todo lo que ocurre lejos de la mirada humana y, de cierto modo, a pesar de ella.

La poeta estadounidense Mary Oliver, a quien este libro debe tanto, se preguntó una y otra vez cómo vivir. De ella aprendí a observar las cosas que nos rodean sin querer tocarlas y que no es necesario convertirnos en dueños de lo que amamos. Que todos somos un poco salvajes de vez en cuando. Que no tengo que ser buena, sino permitir que el suave animal de mi cuerpo ame aquello que ama. Que los cisnes saben más de la vida que nosotros, que hay que escuchar a las flores cuando hablan y que los ríos son importantes porque en ellos encontramos compañía. Que si de pronto me siento dichosa inexplicablemente, es mi deber sacudirme el miedo y entregarme a esa dicha. Y que al final –realmente al final– la vida solo se trata de una cosa: cómo amar este mundo. Si algo de eso puede transmitir este libro, estoy satisfecha.



ISABEL ZAPATA, Ciudad de México, junio de 2020